
Editorial

A través del tiempo la noción de lo que es un monumento histórico se ha ido transformando desde la indispensable asociación con un personaje o hecho del devenir patrio en su sentido más marmóreo, hasta nuevas visiones en donde los espacios edificados dan cuenta de la cotidianidad de habitantes anónimos, que con sus modos de habitar permiten asomarnos a los casi inéditos estratos medios de la pirámide social; pasando, desde luego, por la presencia y ausencia de los valores plásticos que han servido para caracterizar las diferentes épocas de la historia de la arquitectura y el urbanismo.

La Casa de Moneda anexa al Palacio Nacional de México cumple sobradamente con cada uno de los conceptos que la Inspección de Monumentos Coloniales y de la República, primero, y la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, después, han utilizado para reconocer los inmuebles cuyo uso y transformaciones deben ser supervisados cuidadosamente para que su contenido histórico-plástico no se pierda o desdibuje irremediamente. Entre los cientos de hechos que tuvieron lugar sobre sus pisos y al interior de sus muros y cubiertas, considero conveniente destacar los cursos de dibujo y de grabado que antecedieron al establecimiento de la Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos; el general Porfirio Díaz, investido como presidente de la República y *héroe de la paz*, acudió a inaugurar el salón de los monolitos, núcleo del Museo Nacional; y, finalmente, un grupo de antropólogos del INAH, encabezado por los doctores Eusebio Dávalos Hurtado, Julio César Olivé Negrete y Beatriz Barba de Piña Chán, se movilizó para evitar la pérdida de su función museográfica, una vez que las colecciones de arqueología fueron trasladadas a su nueva sede en el bosque de Chapultepec. Así la casona revestida de tezontle rojo y chiluca de Los Remedios, ubicada en el número 13 de la calle de Moneda, en la ciudad de México, aún atesora una extensa memoria que apenas comenzamos a vislumbrar.

Hace tres años el profesor Humberto Medina, uno de los inquilinos más conocidos de la Casa de Moneda, tuvo la gentileza de invitarme a participar como ponente en el

simposio “Antecedentes significativos del Museo Nacional a 140 años de su creación”. Durante la única jornada de trabajo, el viernes 2 de diciembre de 2005, tuve oportunidad de escuchar un conjunto de trabajos inéditos y bien documentados que referían una serie de hechos, los más, completamente desconocidos, que asignaban una dimensión nueva a la segunda historicidad del monumento histórico en análisis. La problemática se orientó justo en el periodo que inicia en el Segundo Imperio Mexicano, con la creación del Museo Público de Historia Natural, Arqueología y Etnología y concluye con la generación perdida de egresados de la Escuela Internacional de Etnología, ya en el siglo xx. Entre los especialistas que sostuvieron una rica discusión se encontraba la doctora Luisa Fernanda Rico Mansard, autora de *Exhibir para educar. Objetos, colecciones y museos de la Ciudad de México (1790-1910)*, de 2004; el doctor Luis Gerardo Morales Moreno, autor de *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional, 1780-1940*, de 1994; el abogado Bolfy Cotton, compilador de la producción escrita del doctor Julio César Olivé Negrete, en tres volúmenes de *Obras escogidas*, publicados por el INAH en el año 2000; y el maestro Roberto Gallegos Téllez Rojo, joven historiador de la arqueología mexicana.

En cuanto me enteré, un año más tarde, que estos ensayos no serían publicados por el Museo Nacional de las Culturas, con la autorización del profesor Medina y de las autoridades respectivas los presenté ante el Consejo y la Coordinación editoriales del *Boletín de Monumentos Históricos*, encabezado por las infatigables historiadoras Ana Eugenia Reyes y Cabañas y María del Carmen Olvera Calvo, quienes sí encontraron en los textos los valores, la pertinencia, la novedad y la consistencia necesarios para ver la luz en la prestigiada revista cuya tercera época decidieron editar. Otra expresión de su bien conocida generosidad que, a nombre de los participantes en aquel Simposio de 2005, agradezco profundamente.

Para acercar todavía más el contenido de este número a la labor de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, está ilustrado con una pequeña parte de la enorme colección de imágenes que su fototeca resguarda sobre la vida del Museo Nacional en las salas de la Casa de Moneda. Una idea que recibió todo el apoyo de la doctora Natalia Fiorentini Cañedo, subdirectora de Investigación de la CNMH-INAH, a quien expreso mi gratitud.

Finalmente deseo expresar mi reconocimiento y respeto al profesor Humberto Medina, a Luisa Fernanda, Luis Gerardo, Bolfy y Roberto, quienes confiaron en quien esto escribe para completar un ciclo que culmina, ahora, con la publicación de sus ideas.

Coincidió absolutamente con aquella premisa que hace de la identificación y difusión de los valores del patrimonio cultural el primer paso para su adecuada conservación.

HUGO ARCINIEGA ÁVILA
editor invitado